

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO B/2009

Todos nosotros necesitamos comida para vivir, para crecer y mantenernos en buena salud. Sin el alimento perdemos la fuerza y la energía, y finalmente moriríamos. Esta es verdad para la vida humana, pero es también una verdad para la vida espiritual. De hecho, así como necesitamos el alimento físico para vivir, necesitamos el alimento espiritual a fin de alimentar nuestra fe.

La celebración de hoy del Cuerpo y la Sangre de Cristo nos recuerda la importancia del alimento espiritual que el Hijo de Dios nos da en nuestra peregrinación en la tierra y sin el cual falleceremos espiritualmente.

Esta fiesta se basa en lo que Dios hizo en el pasado cuando él eligió al pueblo de Israel para hacerlo suyo e hizo con ellos una Alianza. En aquel tiempo, como describe la primera lectura, Dios encomendó a Moisés de sacrificar el cordero del holocausto y de usar su sangre para sellar el convenio. Par rociar la mitad de la sangre en el altar y la otra mitad en el pueblo consagrando así la unión entre Dios y su pueblo. Ambos, Dios e Israel, se hicieron aliados, compartiendo en la misma sangre y la unidad.

A fin de mantener el convenio vivo y, así, recibir el perdón de los pecados, el sacrificio tenía que ser repetido cada año por el sacerdote en el templo. Sin embargo, a pesar de muchas veces que el sacrificio fue ofrecido, nunca logro que el pueblo estuviera bien ante Dios. Esta es la razón por la que, en su grande bondad, Dios decidió enviar a su Hijo, Jesús, para ser la expiación por los pecados del mundo.

Como la Carta a los hebreos nos dice, Cristo es bendición de Dios, el sacerdote verdadero y eterno quien ofreció su vida en la cruz para nuestra salvación. Derramando su sangre en la cruz, él se hizo un sumo sacerdote del nuevo convenio que ofrece a Dios un sacrificio de expiación similar a aquel del convenio antiguo, pero superior al antigua Alianza. Él entró una vez y por todos en el santuario de su cuerpo, no con la sangre de cabras y terneros, pero con su propia sangre, así obteniéndonos nuestra redención eterna.

¿Si la sangre de los animales tenía la virtud de santificar aquellos que estaban separados de Dios debido a los pecados, cuanto más la sangre inmaculada de Cristo, quien se ofreció asimismo a Dios? La superioridad del sacrificio de Cristo está en el hecho que, mientras el sacrificio del convenio antiguo trató repetidamente de traer a los hombres en la presencia de Dios, con la encarnación de Jesús y su muerte en la cruz, Dios mismo tomó el destino humano en sus manos. Él entró en la historia humana a fin de traer al mundo, de una vez para siempre, la redención que la sangre de animales no podía obtener.

En aquel sentido, el sacrificio de Jesús limpia no sólo nuestro cuerpo, sino también nuestras almas. Jesús se lleva la culpa de nuestra conciencia y nos da la paz de su Padre. Él nos hace los hijos de Dios. Por eso él es el mediador de un nuevo convenio sellado con la sangre de su muerte en la cruz.

Todo esto nos ayuda a entender la importancia del Evangelio de hoy como nos lo recuerda en la última Cena que Jesús tuvo con sus discípulos y en la cual él se entregó asimismo como el cordero de sacrificio por la salvación del mundo. En la última Cena, en efecto, Jesús usa exactamente las mismas palabras, como en la alianza entre Dios e Israel, explicando el sentido de su muerte como el establecimiento de un Nuevo Convenio entre Dios y la humanidad. En aquel tiempo Jesús tomó el pan y lo dio como su cuerpo, y ofreció la copa como su sangre. Jesús se identifica asimismo como el holocausto del sacrificio por medio del cual el antigua convenio fue establecido. Su

cuerpo y su sangre presente en el altar bajo los signos del pan y vino significan la total inmolación de su vida por la salvación del mundo.

Cuando el pan y el vino son consagrados durante la celebración de la Eucaristía Santa, ellos se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo en respuesta a su mandamiento: "hagan esto en conmemoración mía". Como el Evangelio dice, "Mientras cenaban, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo: "Tomen: esto es mi cuerpo." Y tomando en sus manos una copa de vino, pronunció la acción de gracias, y se las dio, todos bebieron y les dijo: "Esta es mi sangre, sangre de la alianza, que se derrama por todos." Aunque el aspecto externo del pan bendito no sea diferente del pan que compartimos en nuestras mesas en nuestras casas, es, sin embargo, más que el pan simple. Aunque el color externo y el gusto del vino bendito no sean diferentes de varios vinos que saboreamos en nuestras mesas, hay más que el mero vino. Es Jesús él mismo que nos da su vida bajo estas especies.

Con el pan y el vino consagrados, Jesús nos alimenta espiritualmente. Hay aquí un misterioso cambio y transformación que hace las especies del pan y vino en el cuerpo y la sangre sacramental de Cristo. Esto significa que cuando el pan y el vino son consagrados, su realidad material va más allá de la mera materia y se refiere espiritualmente a la realidad superior de cuerpo de Cristo y sangre. En esta perspectiva, el pan y el vino se hacen un signo externo de la presencia escondida del cuerpo y la sangre de Jesús.

Lo que recibimos en la mesa del altar como el pan y el vino es un signo externo de la actividad interior y misteriosa de Jesús que funciona dentro de ellos, por el poder del Espíritu Santo, dando vida al mundo. El pan y el vino sagrados son el signo y realidad al mismo tiempo; ellos son una conmemoración del pasado, aunque también lo es en el presente de lo que Jesús ha hecho. Porque Cristo es "el mismo de ayer y hoy y será mañana", El que se da así mismo en la Eucaristía es continuo y relevante a todos los tiempos y años; es perpetuo a todas las generaciones. Siempre que la Eucaristía sea celebrada en la conmemoración de Jesús, Cristo ofrece su cuerpo y sangre mediante el pan y vino así como El lo hizo con sus discípulos hace dos mil años.

Comer y beber en la mesa de la Eucaristía es recibir a Cristo y unirse con Él. Pero, esto significa también estar unidos con nuestros hermanos y hermanas con quien vivimos. Por eso, la celebración del cuerpo y la sangre de Cristo nos desafía a vivir de un modo que vivamos la realidad de la comunidad. La Eucaristía nos recuerda también que todo lo bueno y los cambios en mundo vienen del sacrificio. Aquellos que trabajan duro para mejorar las condiciones de vida de sus hermanos, aquellos que proporcionan un mejor nivel de vida para sus familias y sus hijos trabajando mucho, dejando todas las satisfacciones humanas, éstas son las personas que derramaron su propia "sangre" por amor de sus hermanos y hermanas. Por hacer así, ellos se parecen a Cristo e imitan su amor. Oremos para cada uno de nosotros por que entendamos como la Eucaristía nos hace uno con Cristo y uno con nuestros semejantes. Que Dios los bendiga y que a través de la recepción del Sacramento consagrado, nos ayude a reunirnos con Cristo nuestra paz y nuestra esperanza, y a nuestros hermanos y hermanas.

Éxodo 24, 3-8; hebreo 9, 11-15; Marcos 14, 123-16. 22-26



Fecha de Homilía: el 14 de junio de 2009

© 2009 – Rev. Felicien I. Mbala, PhD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre de Documento: 20090614homilia.pdf